

Un real al mes.

En Madrid para los suscritores á la *Biblioteca Popular y Museo de las Familias*, y á los que por tres meses, en las provincias franco el porte.

LA CRÓNICA.

Dos reales al mes.

En Madrid y 40 rs. por trimestre para los que no sean suscritores á la *Biblioteca Popular y Museo*.—Se publica todos los domingos del año.

SEMANARIO POPULAR ECONOMICO.

LA INFANTA GALIANA. (1)

(Anécdota tradicional.)

Cualquiera que haya visitado la antigua y decadente ciudad de Toledo, y haya dado un paseo á las orillas del Tajo por el sitio llamado de las *Huertas del Rey*, no habrá dejado de fijar su atención y aun examinar el armazon desmoronado de un antiguo edificio, que á pesar de la destructora mano del tiempo, y de lo desparramados que por el suelo se hallan sus escombros demuestra haber pertenecido en otro tiempo á algun opulento señor, y que segun las tradiciones árabes era palacio y morada de la Infanta Galiana.—Efectivamente consta que en tiempos de la dominacion sarracena, se elevaba en aquel sitio y próximo al rio, un gigantesco edificio, que por lo elevado de sus pórticos, por la estructura de sus pintados torreones, por las variadas labores de sus paredes y ventanas, que se asemejaban en el artificio al moderno encage, y sobre todo por sus encantadoras vistas que dominaban una vasta estension de terreno plantado de huertas y jardines, lo hacian tan ameno y sorprendente que la imaginacion no puede describirlo ni el pincel pintarlo.—En medio de estas huertas que conservan su nombre del rey Galafre, padre de Galiana que las hizo plantar y próximo al palacio, existian tambien amenos jardines en cuyo centro habia espaciosos estanques que segun atestiguan las tradiciones elevaban y bajaban las aguas á una altura prodigiosa, causando la admiracion de aquellos tiempos; pues que cuando subian iban despues á caer á unas cañerías que las conducian al palacio del rey moro dentro de la ciudad, que estaba edificado donde hoy el Hospital de Niños expósitos, cosa que á la verdad parece como fabulosa.—Dicho rey Galafre, queriendo dar una prueba de cariño á su hija Galiana, princesa que por su hermosura era el objeto de atencion de aquella época, edificó este palacio para que habitara en él su hija,

poseyendo todo lo que de mas encantador y risueño reúne la naturaleza.—Solo por lo tanto pudiera compararse la magestad de este edificio á las remotas mansiones del Profeta, ó á los encantados albergues de los dioses del Olimpo: prolongados jales embaldosados de mármoles y pórfidos con fuentes cristalinas y caprichosos surtidores, columnas de alabastro repartidas en toda su estension, dilatadas galerias á cuyo extremo aparecian los objetos humanos como punto de óptica, y de cuyas paredes pendian jaulas que aprisionaban pintadas avecillas, grandes salones vestidos de tapicería damasquina, en donde se aspiraban á todas horas ricas esencias que ardian en flamantes pebeteros, oro, plumas, pedrería, baños, cascadas y paseos; he aquí la pintura que se nos hace del palacio de Galiana.

Era hija esta, como ya llevamos dicho, de Galafre, hijo á su vez de un reyezuelo de Africa llamado *Alcamán* y de la condesa Faldrina viuda del conde don Julian.—Galafre, rey de Toledo, habia sabido conservar su trono, apesar de la ambicion de sus vecinos, y principalmente de Abderraman, rey de Córdoba, con un prudente esfuerzo, y por la cooperacion de Bradamante rey de Guadaluja, que lo ayudaba en sus ceñidas guerras. Su decidido valor en los peligros, y sobre todo la reputacion de Bradamante que habia adquirido en diferentes encuentros con Abderraman, á quien habia vencido y derrotado, contribuyeron á hacerlo respetar en el exterior y amar de sus súbditos.—Pero segun es de presumir, la cooperacion de Bradamante no era tan desinteresada como se pudiera pensar, pues á lo que se sabe nacia de la ardiente pasion que profesaba á la encantadora Galiana.—Cuanbien por todas partes las noticias de la belleza de esta ultima, y en España principalmente, eran tan elogiadas sus prendas, que se apresuraban los poetas árabes á dedicarle canciones y romances, y por ellos tambien sabemos que los ojos de la Infanta mora se parecian á las estrellas en el brillo, y que sus cabellos rodaban por la espalda en prolongados rizos de un negro azabache.

Bradamante que la amaba con una exagerada pasion, le propuso repetidas veces su intento de pedírsela á su padre en casamiento, pero ya sea que la imaginacion de Galiana estuviera en otro objeto preocupada, ya tambien que el asedio en que lo tenia su amante poseído continuamente de los ce-

(1) Habiéndose puesto en escena en esta corte un drama original de don Tomás Rodríguez Bobi titulado «la Infanta Galiana» donde se trata de recordar una de las mas notables tradiciones de nuestra historia antigua, nos ha parecido oportuno insertar en el *Semanario* las aventuras amorosas de esta princesa, mora que tantas glorias y recuerdos históricos ha despertado.

los, lo hicieran decaer en su aprecio; lo cierto es que Galiana esquivaba sus obsequios, y que el moro nunca consiguió un amor cumplido de la princesa. — Se cuenta vulgarmente que era tal la avidia de Bradamante por conseguir de su amada siquiera fuese una entrevista; que hacia frecuentes viajes desde Guadalajara á Toledo, y que solia pasar la noche debajo de las ventanas del palacio de Galiana, dirigiéndale espresivas canciones, y volviéndose despues de concluidas á su corte por un camino desconocido y desusado, al que se le dió el nombre de *Senda Galiana*. — Ni aun de este modo pudo suavizar el rigor con que la trataba la mora.

En este tiempo Carlo-Magno (1) hijo de Pipino rey de Francia, llegó á Toledo, y aunque algunos achacan esta venida á cierto desacuerdo entre padre é hijo, viniéndose este último á amparar del rey de Toledo, lo mas posible es como se cree que viniera á socorrer á Galafre en su trono contra el déspota Abderraman. — Pero es indudable que Carlo-Magno entró victorioso en Toledo, que se celebraron grandes funciones por su venida, y que se corrieron cañas para festejar al príncipe cristiano.

Fué hospedado en el palacio de Galiana, sin duda para que disfrutara del local mas suntuoso de la corte, y Carlo que poseía unas pasiones tan dulces y al mismo tiempo tan enérgicas, respirando aquella atmósfera de placer, próximo á una mujer que era el encanto de su siglo, no fué dueño de sí mismo, y le fué imposible veela y no amarla. — Por otra parte el cariñoso arrogamiento que se la hacia, dándole por hospedaje el palacio de la heredera del trono de Toledo, las tiernas miradas de Galiana, y su excesivo afecto hacia Carlo, la idéntica correspondencia que se notaba en entrambos, la discreta galantería del cristiano, y otra porcion de motivos hacian plausible esta pasion.

Tuvo ocasion además Galiana de ver el incomparable valor de Carlo-Magno, padie á no ser Bradamante podía escederlo, y la infanta mora tuvo la dicha de ceñirle la corona de la victoria; hiniedo aquel de rodillas, por haber roto dos lanzas y vencido al reyezuelo de Guadalajara, en pública palestra. — Luchaba, sin embargo, la infanta, contra un obstáculo que debía totalmente alejarla de aquel hombre; tenia diversa religion que ella y por este solo hecho veia que era de todo imposible darle su mano. — Pero ya era tarde, las veces que en su pecho bailan echado las miradas de Carlo, no podian tan fácilmente arrancarse, y se notaba que Galiana se iba apartando de los ritos y creencias de su dogma, y su desabrimiento hacia Bradamante era mas pronunciado cada dia.

Ya su amor se comovía, daba citas á Carlo en sus jardines, y bajo el verde toldo de sus parrales

y entre el ramaje de sus verdes cenadores mil veces le juró por la cruz que el cristiano llevaba al pecho, que seria suya, y que le seguia á donde quisiera llevarla. — Esto que de ningún modo podia ocultarse en la corte, y mucho menos á Bradamante, siempre celoso, vino á ser público, y creciendo el enojo de los moros de todo punto aunque refrenado por sus deberes hacia el que habia sostenido su reino, al que habia derrotado hacia pocos dias el poder de Abderraman, en las llanuras de Córdoba, y delante de su bárbara corte, se propusieron manifestar su disgusto de otro modo. — Crúenles hay que dicen que el palacio de la infanta no fué respetado por Bradamante y los suyos, pretendieron en su enojo insultar á los amantes; y el resultado funesto de estos insultos fueron el desabrimiento y muerte de Bradamante por Carlo-Magno, que hacia tiempo que mutuamente habian provocado.

Algunos han censurado esta conducta del príncipe francés, diciendo que no obró con el reconocimiento que debía á la buena hospitalidad de Galafre de quien dicen unos maldijo á su hija y que murió á poco tiempo, y otros por el contrario que fué gustoso en el enlace de Galiana; pero no debe ser tan agriamente tratado el que no hizo mas que obedecer á los impulsos generosos de su corazon, conociendo á mas de esto que Carlo-Magno fué uno de los príncipes mas humano, galante y reconocido de su tiempo.

El arzobispo que era entonces de Toledo Cijila, celosísimo de hacer partidarios por la fé de Cristo, no se descuidó de instruir á la infanta en los misterios de la religion que abrazaba, de tal modo, que á poco tiempo estuvo capaz de ser solemnemente bautizada, dando despues de concluida esta ceremonia su mano al guerrero francés, y recibiendo de este las pruebas mas vehementes de cariño, por los sacrificios que por él habia sufrido, celebrándose despues fiestas por este suceso.

Por muerte de Pipino marchó su hijo á Francia á ocupar un trono que despues elevó al mayor esplendor, acompañado de su esposa, y atravesando el Pirineo con un lucido séquito de caballeros. — Poco tiempo despues Carlo-Magno en medio de su corte coronaba como á reina de Francia á la que en otro tiempo le habia también ceñido la corona del valor, y Galiana era saludada por el pueblo francés con muestras de admiracion por su hermosura y prudencia.

Celebremos nosotros tambien estos recuerdos históricos, y envanézcanos de que nuestra España haya sido el teatro siempre de las aventuras mas galantes, heróicas y caballerescas de la antigüedad.

EUGENIO GARCIA
DE GREGORIO Y GONZALEZ.

(1) Hay divergencia sobre el personaje que fué autor de estas aventuras, pues unos dicen que Carlos Martel, y otros que Carlo-Magno, pero una antigua crónica de Toledo afirma que fué este último, y así lo consignamos nosotros.

DE LA ARQUITECTURA GÓTICA. (1)

(Segundo artículo.)

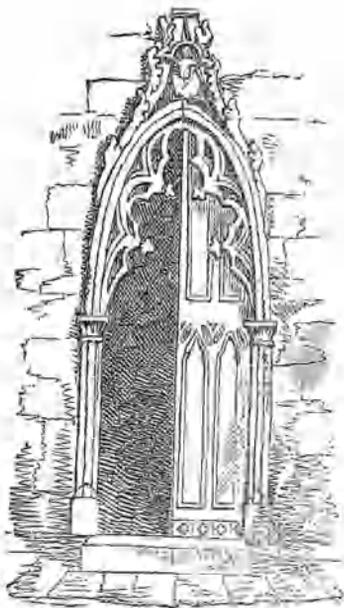
Ya hemos dicho en nuestro primer artículo de arquitectura, como el gusto que se desplegaba en las obras del arte de platería y el orden de construcciones árabes, influían en el siglo XIV, introduciendo en la decoración de los edificios un inagotable manantial, una riqueza de adornos esquisitos. En efecto, todo lo que la ardiente fantasía de un artista puede inventar de mas atrevido, todo lo que el buen gusto puede producir de mas delicado y de mas elegante, todo en ellos por este tiempo se reunía, con una variedad de pormenores sorprendentes. Paredes de piedra maciza esquisitamente esculpidas, bóvedas gigantesas sostenidas como por encantamiento; torres esbeltas caladas como el encage, que nacen de la tierra para alzarse hasta los cielos, y las enormes puertas y ventanas, todo nos hace prorrumpir en exclamaciones de admiracion, tanto por la valentía del pensamiento y de la ejecucion, cuanto por la multitud de sus caprichosos y simbólicos adornos.



Pero todo este lujo, el haber llegado á rayar tan alto este orden arquitectónico, era la señal mas cierta de que no estaba lejána la hora de su decadencia y menosprecio. Poco á poco fueron perdiéndose las buenas tradiciones, y la elegancia y la sencillez reemplazaron á un órden que desdeñaban los artistas, á quien el deseo de innovar, lanzó como muchas otras veces á errores y desvíos lamentables.

(1) Véase nuestro número anterior.

La tendencia á la exageracion fué el origen primero de las reconvençiones, al principio justas y despues harto severas, que dirigieron á los arquitectos de la edad media; pero si ha de hacerseles justicia, aun en medio de su decadencia se encuentran verdaderas bellezas. Las imaginaciones infecundas y severas no atendieron mas que á cortar el abuso de un género, al que sin embargo somos deudores de nuestros mas soberbios edificios, preparando de esta manera la regeneracion que se verificó del arte griego á principios del siglo XVI.



Tales son los principales caracteres de la arquitectura gótica, cuyo conocimiento servirá á los que de nuestros lectores no estén familiarizados con ella, para conocer poco mas ó menos la época y la edad de los monumentos góticos. No nos detendremos á examinar el pormenor del estilo de cada siglo, porque nuestro objeto ahora no es otro que presentar algunas ideas preliminares, que adquieran desarrollo naturalmente cuando pasemos en revista las iglesias y catedrales, como hemos anunciado al principio del artículo precedente.

LA MARQUESA DE BRINVILLIERS.

(Continuacion.)

Si; la noche del 16 de julio de 1670, despues de la muerte del logarteniente....!

—Pues bien, Sainte-Croix; yo he violado to-

dos esos juramentos, porque a despecho de mi hermana... he querido abrazarte antes de partir.

—Partir; santo cielo! repela el alquimista.

—SI, antes de abandonar la Francia para siempre... Escuchame; esta vida de adúltera y parricida, me despedaza el corazón; yo no puedo vivir en una casa donde mi padre y sus dos hermanos han muerto envenenados por mí, y con la ayuda de tus experimentos. Ya es hora de separarnos, y de vivir los dos, pensando únicamente en la salvación de nuestras almas. Ahí tienes (entregándole un pergamino) el medio de pagar tus deudas y de quedar tranquila tu conciencia: es una donación de cien mil libras pagaderas a la vista en casa de mi antiguo administrador... de París.

—¿Cuánto haceis por mi causa, querida Margarita! y cuánto agradezco vuestra generosidad!

—Aceptalas desde luego, y abandona esta habitación; destroza esos instrumentos, principal causa de nuestros crímenes; huye de París donde no puedes disfrutar de seguridad personal, y termina tus días en un monasterio.

La conmovida voz de la marquesa, modelo del mas sincero arrepentimiento, hizo que enmodciera Sainte-Croix enteramente: apenas tuvo aliento para besar repetidas veces la mano de aquella muger, que levantándose y recogiendo su velo negro, le dirigió desde la puerta del laboratorio un radió entenebrecido.

—Esperad, esperad, marquesa....

—Escribe a la hermana Margarita, convento de la Visitación en Lieje.

Quedóse el jóven solo, y reflexionando sobre la aparición y generosidad de la marquesa; ¡Cuánta razon lleva esa linda muger, se decía: yo puedo ser hombre honrado en adelante; con ese pergamino pagaré a Penantier, Belleguísse y Caumont, abandonando esta misera cloaca... las cinco anuncia el reloj de la vecina iglesia... Belleguísse no puede tardar a la cita, y gracias a esta donación de importancia, quedará del todo satisfecho. Vamos, pues, a disolver esos venenos infernales que asesinan tan solo con el vapor que despiden; y movió efectivamente los carbones encendidos volviéndose al laboratorio. En cuartó de hora despues se escuchaba el ruido sordo de cierto líquido en ebullicion, y un estallido semejante al de un vaso que se quiebra, repetido por segunda y tercera vez, y entonces un cuerpo humano cayó al suelo y todo permaneció en sepulcral silencio.

Apenas la campana del Cármen habia señalado la hora sesta, cierto individuo vestido de negro, alto y seco, con semblante engañoso y paso macilento, entraba en el laboratorio estendiendo sus miradas hacia los rincones para observar si encerraba persona alguna la antesala del alquimista. Asegurado de que se hallaba solo, exclamó: aquí debe ser sin duda; y avanzó continuando las mismas precauciones hasta llegar al tapiz que ocultaba la puerta; levantóla con prontitud y echó el pestillo de la manopla. No me sorprenderán al-

menos por estelado; ¡oh! caballero! Sainte-Croix! exclamó sacando un par de pistolas de los bolsillos, convengo en que sereis muy diestro, pero tened en cuenta que yo lo soy bastante para asegurar mi persona; he leído bien vuestra carta, y concluye diciendo «vuestra decoraron.» Examinemos ahora mis precauciones: la puerta está cerrada fuertemente, y al final de la escalera están mis dos lacayos armados que a mis gritos entrarían por esa ventana; respecto a mi individuo, estas pistolas responderán a su tiempo.

¡Ea pues! sea hoy poseedor del famoso secreto de transmutar los metales, y del de los venenos del alquimista. Golpeó muchas veces en la puerta del laboratorio, y un ruido de pasos acelerados se escuchaba en la escalera mientras otras voces exclamaban a un tiempo.

—Abrid la puerta en nombre del rey!

—¡En nombre del rey! murmuró Belleguísse quedándose estupefacto—soy perdido. ¿Por dónde huiré? ¿en dónde podría ocultarme?

Esperó a los esfuerzos que hacian para que saltase el pestillo, cedió esta, y ocuparon la habitación un comisario de policía y ocho gendarmes.

—Apoderaos de ese hombre, dijo el jefe señalando a Belleguísse.

—No, deteneos, honrado magistrado; no es a mi persona la que buscáis en esta casa... escuchadme, caballero Picard....

—Callaos por ahora, repitió el comisario mandando le atasen los brazos, en tanto que otros gendarmes ocupaban la puerta del laboratorio.

—Yo no puedo sufrir tamaño ultrage, gritaba Belleguísse esforzándose para que no le aprisionaran.—No os atropelleis, querido Picard, os juro que la casualidad únicamente.... Y al adelantarse hacia el comisario, una de sus pistolas cayó a los pies de este por su desgracia.

—¡También pistolas! ¡y en este cuarto! ah! la casualidad lo puede todo, exclamaba Picard con ironía.

—Teneis motivos para no dudar de mí: soy mayordomo de la parroquia, y debo ser hombre honrado.

—Eso cabalmente lo decid'ran los tribunales, porque yo cumplo mi deber procediendo al arresto.

Y registrando enseguida el laboratorio, hallaron tendido sobre el pavimento el cuerpo inanimado de Sainte-Croix: rota la careta de vidrio, el fuerte vapor de los venenos habia asfixiado al alquimista. Los gendarmes y el escribano se apoderaron de los papeles que contenia su carpeta, entregándoselos al comisario de policía.

—La casualidad os pierde tambien, repetia este dirigiéndose a Belleguísse y enseñándole aquellos papeles. Veremos si negais ahora vuestra letra.

Belleguísse temblaba de furor... Soy perdido! se decía, mi imprudencia me puede arruinar.

M. Picard leyó muchas veces aquellos documentos, llamó al escribano a quien halló cuatro pa-

labras en secreto, y dirigiéndose á sus soldados pronunció con voz alta:

— Muchachos, al palacio de madama de Brinvilliers!

IV.

En un estenso salon sostenido por macizos arcos, adornado con preciosos cuadros de santos y alumbrado por dos enormes ventanas de pintorescos vidrios, se veían sentadas en una banqueta de encina tres jóvenes con el hábito de hermanas de la Visitación.

— Pues bien, pasaremos en silencio ciertos pormenores de mi particular interes, exclamaba la religiosa más joven ocupándose en examinar una carta, y contratámonos al sucesos de que se ocupa hoy todo el pueblo de París. Escuchad, apreciables hermanas, lo que me escribe sobre este asunto mi hermano, uno de los más gallardos y valientes oficiales del regimiento de Tracy. «Té habia prometido en mi última, querida Amelia, la relacion de una historia sorprendente, muy parecida á la de los famosos envenenadores de París, y disculpame ahora la estension en gracia del cumplimiento de mi palabra. Para que lo comprendas mejor, me veo precisado á remontarme hacia los años de 1688 en que mi regimiento poseía un bravo capitán, sin nombre y sin fortuna. Sainte-Croix, que así se llamaba nuestro compañero, obtuvo sin saber como, la amistad del marqués de Brinvilliers coronel del regimiento de Normandia, y habiéndolo presentado á su esposa, como decía oportunamente la Fontaine «los dos corazonés se entendaron.» Nada murmuró el vulgo por algun tiempo, porque la nobleza no daba oídos á las intrigas de la marquesa, ni á los amatorios novelescos de su esposo; pero he aquí que Mr. Dreux d'Aubray, padre de madama de Brinvilliers, obtiene del rey un auto de prision, y encierran á Sainte-Croix en la Bastilla. Los calabozos, hermana mia, se hallan tan mal preparados en aquella fortaleza, que á veces los que entran allí inocentes, vienen á salir totalmente pervertidos, porque aprenden á conspirar contra el gobierno. Sainte-Croix encontró en la Bastilla cierto envenenador italiano llamado Exili, que le facilitaba los medios de vengarse del lugarteniente d'Aubray: de tal modo, que apenas hubo recuperado su libertad en 1661, apareció envenenado aquel enemigo en su misma habitación. Los dos hijos de este magistrado no sabiendo á que atribuir una muerte tan repentina, convocaron los facultativos para la autopsia del cadáver.... ningún rastro pudieron hallar de envenenamiento.... pero un año despues, ya no existía de toda la familia d'Aubray mas miembro que la marquesa de Brinvilliers.

Estos fallecimientos dieron mucho que sospechar á la justicia; hicieronse pesquisas, se aplicó el tormento á muchos inocentes, y como por lo comun los verdaderos culpables quedan sin averi-

guarse, aun hoy mismo lo estarían tambien sin un incidente casual é imprevisto. Habiendo recibido el comisario de policia Picard avisos secretos, se presentó cierto dia en la habitacion de un caballero llamado Breuille que vivía cerca de la plaza Mauvert; pero cual haba sido su sorpresa hallando en aquella casa un rico y honrado propietario del barrio de San Marcelo, y á Mr. de Breuille (que era el mismo Sainte-Croix) asistido con sus propios venenos!

He aquí las noticias que han circulado de boca en boca sobre este último personaje; dicen unos que Sainte-Croix es inocente, y ha muerto trabajando por descubrir la piedra filosofal; piensan otros que es culpable por haber compuesto los venenos, aunque opinan que con pronto socorro se le pudiera volver á la vida; ¿y porqué me preguntó no habrá de formársle causa? La apertura de cierta cajita comprueba bien su culpabilidad: se sabe que sostenia correspondencia con madama de Brinvilliers, con Mr. Penautier y con Belleguisse, Caumont y otros capitalistas distinguidos; esta correspondencia acusa á la marquesa de Brinvilliers del envenenamiento de su padre, y á Belleguisse y Penautier, de otros crímenes cometidos con ayuda de los venenos suministrados por Sainte-Croix, y señalaba á un otro llamado Lachaussie en cierto tiempo al servicio de Mr. Dreux d'Aubray, como principal instrumento de que se servían la marquesa y su amante. Sorprendido el comisario con tales descubrimientos, marchó al palacio de madama de Brinvilliers sin que encontrase en él persona alguna; la rica y culpable heredera de los d'Aubray, se habla retirado aquel mismo dia á un convento.

— Á un convento! replicaron simultáneamente las religiosas interrumpiendo á la joven lectora; y con qual convento, preguntaban con interes.

— Si me hubieseis dejado terminar la carta, os dispensaría la interruccion, replicó Amelia un tanto picada.... En un convento de España ó de Italia... y esto es lo único que ha podido sacarse de su viejo mayordomo sordo, porfado, casi ciego, y enervado desagrado á su señora. Mr. Picard se retiraba ya despues de haber examinado los papeles, cuando al pasar por delante de la casa de Mr. Caumont, divisó un grupo de personas aproximarse y sabe que un criado de Mr. Breuille, (Sainte-Croix) habia querido sobornar los criados de Mr. Caumont, para que mezclasen cierto líquido en las bebidas de su amo, Mr. Picard arresta á Lachaussie (porque este era su nombre) y lo conduce inmediatamente al Chatelet. Este miserable delata á la marquesa y á Sainte-Croix, creyendo de esta manera salvarse; pero despreciando aquel tribunal sus declaraciones, el 4 de marzo de 1675 fué enudado (1) vivo en la plaza de Greve entre los entusiastas gritos del populacho. En los momentos en que te escribo me notician que el marqués de Brinvilliers acabá de ser muerto en un duelo queriendo ven-

(1) Cierta castigo que se imponía á los delincuentes haciendo uso de una rueda.

gar el honor de cierta joven llamada Eulalia, actriz del teatro Petit-Bourbon.

Empero cambiemos ya de asunto, querida hermana, y hablemos algo de Alfredo.

—Amelia se detuvo un instante y se sonrió...

—Mirad, mirad también la disimulada, esclamó la misma religiosa que le interrumpía la lectura de la carta, cuando nada nos había dicho de su Alfredo.

Amelia sin cuidarse de las palabras que la dirigían, dobló la carta y se la ocultó en el pecho, y ya se disponía á abandonar sus compañeras, cuando la otra religiosa cogiéndola por el brazo le dijo en voz baja:

—He recogido todos los pedazos de una carta de hermana Margarita la Santa, como la llamamos, y espero saber en breve lo que contenía.

—Es preciso reconozcáis, repuso Amelia, demostrando su desagrado, cuán grande es el crimen de leer una carta que no os pertenece.

—Solo cuando he juntado los papeles destruidos, conocí que pertenecían á una carta: mi intención admite algún disimulo, pero creo haber descubierto un secreto.....

—¿Qué secreto, decid?

—Ay! hermanas, esa estrangera que aparece siempre tan triste, tan arrepentida, no es otra que... pero... marchémonos que ella se acerca.

Y con efecto entro hermana Margarita seguida de un individuo como de 35 á 40 años, estatura regular, modales lios y delicados, y vestido con el elegante hábito de abad.

—Teniais precision, me han dicho, de hablaros á solas conmigo, esclamó hermana Margarita ocupando la esquina de una banqueta encarnada.

—Sí, es cierto, lo deseaba.

—Hablad ya lo que gustéis, padre: os escucho con atencion.

—¿Estais bien segura de que nadie podrá interrumpirnos? Podais cerrar sin embargo la puerta, y esa vidriera, que si alguno nos escuchase, murmuraba entre dientes, todo sería perdido.

—La hermana Margarita se levantó entonces y cumpliendo con el mandato volvió á tomar asiento cerca del abad, que observaba de continuo si por acaso algun mal intencionado se ocultase entre los rincones de aquella gótica sala.

—Ahora, padre, hablad sin cuidado.

—No hay ya ningun peligro, hermana?

—Ninguno.

—Pues bien, prestaime atencion: acaba de llegar de París.....

La hermana Margarita hizo un movimiento de sorpresa. El abad continuó: Vengo de recorrer los estados de Francia, y cómo he encontrado aquella nación, Dios mio! He visto el vicio esculpido con la máscara de la virtud: he visto con sorpresa al ateísmo germinar en el pueblo, y la corrupcion estenderse á las clases mas elevadas. ¿Lo creyerais hermana mia? Los nobles y los plebeyos se juran

una guerra de esterminio: el hijo mata á su padre por satisfacer ambiciones; envenena á su madre la hija, envenena al hermano, á la familia toda por favorecer sus amores ilegítimos, por colocar sobre su frente el vergonzoso título de la disolucion, por....

—Padre, no prosigais, esclamó hermana Margarita levantándose con precipitacion: no prosigais, os lo suplico.

—Oh! es ella, se dijo el abad con encubierta alegría: luego con voz cariñosa y dulce añadió: —Y cómo no habria de suceder esto en una sociedad donde el honor, la probidad, la virtud, el talento mismo no se estiman en nada, y donde el miserable oro deslumbra y fascina? Arrójase una hermosa joven en los brazos de un hombre á quien jamás había visto y se le dice «Va sois la esposa de ese mismo hombre» y esa muger por emanciparse de la tutela de un padre ó de un esposo... comete un crimen.

La hermana Margarita tembló repentinamente.

—Observando el abad aquel extraño movimiento, le dijo con ternura: haya ánimo: habeis sido muy desgraciada en el mundo, habeis sufrido mucho, y Dios...

—Y bien ¿qué quereis decirme? respondia atemorizada, ¿qué os ha dicho el Ser supremo? acabad.

—Margarita: un pobre pecador mucho mas infeliz que vos, no ha podido espiar sus crim.... digo sus pecados, en un claustro.

—No os comprendo todavía, padre.

—Oh! es que no tratais de comprenderme, murmuró por bajo, yo no he venido á este convento, hermanas, sino con el objeto unico de hablaros.

—¡A mí, padre mio!

—A vos, hermana: para participaros cierto mensaje que solamente á vos pudiera confiar.

—¡Un mensaje! y á mí unicamente! os engañaron sin duda, os equivocais, padre....

—No, *malama de Brinwillers*, replicó el abad con voz cañamada y descompuesta.

Silencio! padre, silencio! hablad mas bajo ó me perdéis indudablemente.

—Esa es la razon, hermana Margarita, esclamó con tranquilidad aquel ministro de Dios, porque deseaba hablaros sin ninguna especie de temor.

—¿Pero ese mensaje de quien puede ser? En París se ignora el lugar donde me halló: yo no sigo correspondencia con nadie, y de este modo...

—Leed, leed sin embargo, entregándole una carta colocada entre las páginas de un devocionario.

—De Sainte-Croix! gritó con alegría! de Sainte-Croix á quien juzgaba muerto segun las gacetas que anunciaron su trágico fin! ¡Y aun vive!

—Gracias al cielo, hermana Margarita.... y á mí.

—¿Cómo, padre mio, os debe la vida y la libertad? y le esplicó entonces que habiéndolo mandado

conducir á su casa despues de la visita del comisario Picard, allí con remedios cuyos efectos, él solo conocia volvió á su razon y á la vida. Además esa carta os enterará bastante.

La marquesa comenzo la lectura de sus primeras líneas y exclamaba con júbilo—Dice que quiere verme, que me espera... que desea llevarme á Italia... pero, padre, si yo no puedo abandonar el convento ¡que diría mi hermana!

—Continuad esa carta, respondió con mucha calma el mensajero.

—Pero; ¡cielos! si estoy perseguida! el lugar-teniente criminal acaba de descubrir mi paradero. El tribunal de los 60 en Liege espide órdenes para prender en cualquier punto en que se balle á la marquesa de Brinvilliers, condenada en rebeldía á la pena de...

Detuvo-se un poco, y cayendo de sus manos el billete, estuvo á punto de desmayar.

—Ya lo veis, hermana, es preciso partir de aquí inmediatamente, antes de la noche ¿qué digo? antes de una hora seréis presa y conducida á la conserjería de palacio. No perdáis tiempo, huid: Mr. de Sainte-Croix os aguarda con un coche... y terminando estas palabras abrió el padre abad la vidriera... mirad, aquella berlina os espera; marchad, y salváis dos victimas de la implacable justicia de los hombres.

Tendió en seguida un largo manto sobre las espaldas de la marquesa, y condujola, bien á su pesar á la escalera, en tanto que las tres religiosas de que hicimos antes mención, entrando por otra puerta de la sala hablaban con toda reserva.

—Ya os ha dicho, exclamó una, que era ella la acompañada por el abad.

—Pues yo sostengo lo contrario, decía Amelia: hermana Margarita es mucho mas pequeña.

—Defendéos, hermanas, ¿lo creyérán mis ojos? repuso la tercera asomándose á la ventana. Sí, es aquella que sube al carruage; mirad como nos observa, mirad las señas que hace ¿no escuchais su voz?

—¿Qué es lo que pasa aquí, hermanas? preguntó la superiora al entrar en la sala, cómo no habeis acudido á la hora de estudio?

Y entonces rodó el carruage. La superiora trataba de asomarse tambien á la ventana, pero un pliego abierto que encontró á sus pies le contuvo en su anterior idea:—¿Qué significa ese papel? preguntó con sorpresa. Amelia lo recogió del suelo, entregándosele sin contestar: el rosario de la superiora eurojeó inmediatamente.—Que llamen á la hermana Margarita, pronto, pronto.

—Es ya imposible, madre, contestó el abad entrando nuevamente en la habitación.

—El padre abad, el padre abad! exclamaron las cuatro religiosas á un tiempo.

—Sí, hermanas mías; continuó ordenando á los arqueros se separasen á un lado: madama de Brinvilliers, acaba de abandonar el convento de Liege para volver á París...

—A París! Dios mio! exclamó la superiora.

—A París, para ser juzgada por el parlamento.

—Y cómo es que vos mismo la habeis proporcionado la fuga? ¿vos mismo el que la habeis librado?

—Sí... libre, en la Prevostia.

(Se continuará.)

EL CHORLITO REAL.

De entre las diversas especies de chorlitos que se cuentan, y que no todas vienen de Europa, vamos á hacer mérito de los mas conocidos, que son el chorlito dorado ó comun; el grande y el pequeño. El dorado es del tamaño de una tórtola, el pequeño como una cugujada y el grande, mayor que el dorado. El comun tiene la cabeza, el cuello y toda la parte superior del cuerpo tachonado de dorado, mas ó menos vivo de color según las estaciones; la pechuga y el cuello por la parte inferior, manchado de azul ceniciento y todo al rededor de los ojos un círculo blanco. Se cuentan muchas clases en la especie y entre ellas una es la del chorlito, el llamado de garganta negra, porque tiene en efecto el cuello de este color; pero todos observan las mismas costumbres, viajan en numerosas bandadas y frecuentan los parages húmedos para buscar lombrices que es su alimento favorito.

El chorlito pequeño tiene negro y colorado el pie, cenicienta la cabeza y la pechuga blanca, con un collarín del mismo color. El centrosuperior del cuerpo es blanco, las alas negras y la cola cenicienta. Esta especie es muy vistosa pues aunque los colores están distribuidos generalmente como acabamos de decir, sin embargo suelen combinarse de otra manera con cierta degradacion de estas mismas tintas que los hace ser los mas lindos de su especie.

El chorlito grande tiene las patas gordas y vestidas hasta la coyuntura; su pico negro y amarillo tiene dos pulgadas de largo y su cuerpo todo manchado de negro sobre fondo ceniciento. La parte inferior tiene mas claros los colores que la superior; las patas son amarillas y las uñas negras.

Los chorlitos grandes difieren algo respecto á las costumbres de los pequeños; los grandes viajan en bandadas de cuatrocientos ó quinientos; seijan en los terrenos áridos y arenosos; andan con una rapidez extraordinaria, y generalmente solo vuelan de noche y se alimentan de escarabajos y otros insectos.

Algunas de sus especies suelen tener en las

alas dos agujas que emplean en su defensa; otros tienen en el pico una membrana carnosas. El que representa nuestro grabado ha sido clasificado por Cuvier con la denominacion de chorlito cedismemo.



AVISO.

BIBLIOTECA POPULAR.

Próxima á terminar la reparticion del **Manual de Historia Romana, y la Maga de la Montaña**, vá á empezarse á repartir por tomos el **Manual de Mitología** con 50 grabados, que se darán en el precio de 6 rs., á los que quieran recibirlos; y el tomo primero de las **Obras festivas de**

Quevedo. Seguirá la **Historia de la Revolución francesa** por Thiers, precedida de una biografía del autor; y el tomo segundo y último del Quevedo. A fin de que no esperimenten retraso los suscritores, suplicamos, tanto á estos como á nuestros correspondientes, que no demoren la remision de las listas de pedidos.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO,
DE DON FRANCISCO DE P. M.-EDITOR.
calle del Sordo, núm. 11.